

'Chankoro'

Jesús Salviejo
Mar Editor
Novela
220 páginas
17,95 euros

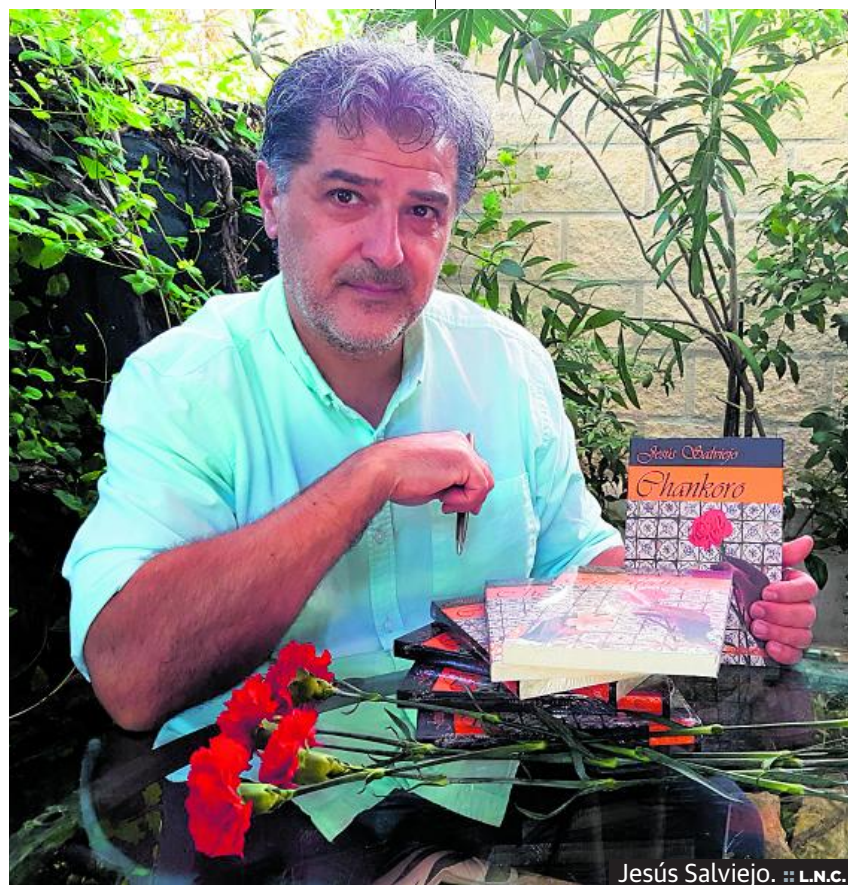
Con frecuencia ocurre que el envoltorio nos hace recelar del contenido que nos vamos a encontrar tras él, que los ropajes que viste un individuo nos hacen dudar de la calidad humana que se oculta detrás de esas prendas postizas. Y, sin embargo, por alguna razón inexplicable, a veces nos sentimos atraídos por ese contenido ignoto, por la personalidad de ese individuo, con una fascinación que resulta imposible de definir y de comprender.

Algo así me ha pasado con Chankoro, la tercera novela del escritor Jesús Salviejo. Vi la portada en alguna red social, la tipografía empleada, el sello editorial que la ampara, e inmediatamente me puse a la defensiva con un libro que, sencillamente, podía haber ignorado. Pero en los días siguientes la novela volvió a aparecérseme una y otra vez hasta convertirse casi en una obsesión. Así llegó el momento en que supe que, inevitablemente, tenía que leerla y, quizás, escribir sobre ella.

A pesar de todo, cuando tuve la novela entre mis manos temí que estuviera tocando un artefacto que en cualquier momento fuera a estallarme entre los dedos. La desprecinté con cautela y la abrí agujoneado de temores, por una página cualquiera, dispuesto a catarla como se cataría un melón de piel escarpada para comprobar su madurez y su dulzor. Y bastó con ese gesto aleatorio para que huiera de entre las páginas una fragancia embriagadora de claveles en flor y empezase a sonar una melodía agradable. Fue como si, en realidad, lo que acababa de abrir fuera una primorosa caja de música.

Chankoro es, para qué demorarlo más, una novela bellísima, que atrapa y se lee de un tirón, por más que esté atiborrada de frases de un lirismo estremecedor, de imágenes y de figuras que sumergen al lector en la trama, que lo hacen viajar a la Lisboa de los meses previos a la Revolución de los Claveles, pero también a otros muchos lugares remotos, lo que demuestra enseguida que el autor es un hombre que se ha bañado en los mares de muchas latitudes distintas.

Pero Salviejo también demuestra sus conocimientos cinematográficos y convierte la novela en una película y cada capítulo en una sucesión de escenas que el lector puede vislumbrar con extrema nitidez. Como la convierte en un canto a la literatura, a los libros y los autores fundamentales que han robustecido su



Jesús Salviejo. :: L.N.C.

singladura humana y que no cesan de aparecer, salpimentando pasajes y diálogos.

La novela está contada por la protagonista, Stela Soares, una niña negra y mozambiqueña, que viaja a Lisboa cuando se queda huérfana para someterse a la tutela de dos tías solteras y acaudaladas que desde el primer momento pretenden cortarles las alas infantiles y convertirla en una señorita acartonada, con la complicidad del maestro de su escuela, el profesor Oliveira de Salazar, un personaje atrabiliario al que —como a las tías solteras— el lector enseguida aprenderá a despreciar. Pero Stela es una niña despierta e indómita que sabrá zafarse de la vigilancia casi impenitente de sus tías y de su maestro para escaparse por rúas y rincones de Lisboa, para conocer a personajes proscritos o

prohibidos que le abrirán las ventanas de la vida y le ayudarán a forjar su personalidad, como la señora Chan, una misteriosa anciana china que regenta un puesto de mercaderías junto al mar, o el señor Cohen, un sabio anticuario judío, vecino del edificio, que tiene su establecimiento en los bajos del inmueble.

Chankoro está contada desde la madurez y con el beneficio de la perspectiva que da la edad por la propia Stela, que va «dibujando, como una bandada de estorninos, un rastro de humo en su memoria». La niña narradora tiene que sobrevivir bajo el látigo opresor de esas dos arpias alcanforadas que nada más llegar a su casa «exploran su ropa como inspectores de aduanas mientras hacen gestos de angustia y tuercen la boca, como si los colores de sus pequeños vestidos les mordieran

los dedos». Sus tías pretenderán resetear su disco duro, hacer que se olvide de su pasado, pero ella se aferrará a él, como a una tabla de salvación, con la ayuda de sus habilidades para dibujar, para hacer volar sus propios pájaros o para relacionarse con amistades inconvenientes.

Resulta admirable cómo Salviejo, hombre recio y curtido, consigue adentrarse en el personaje endeble de la niña hasta hacerlo tan creíble que en todo momento el lector intima con ella, admira sus picardías, se congratula con las mínimas victorias conseguidas, y se enternece cuando contempla sus aleccionadoras conversaciones con el señor Cohen y la señora Chan, que la enseñará a convertirse en un dragón bueno, dejando atrás su primigenia esencia de lagartija y sus miedos infantiles.

Pero, además, Salviejo juega con los nombres y los apodos de los actores, empleando los apellidos de personas públicas y reconocibles de la vida política, cultural o militar del Portugal que nos describe. Y, una cosa más, dosifica la aparición y la importancia de los personajes de una forma bien calculada. Así los protagonistas van progresando en importancia dramática, acentúan los conflictos o sus sobrecogedoras biografías y, cuando parece que unos empiezan a estar amortizados, surgen otros que toman el relevo, como Cristovao, el niño que solo lloraba por un ojo, o su padre, un militar con una pierna amputada, cuyos dedos inexistentes quiere rascarse a veces y con un vendaje que se desprende de su muñón, como una bandera blanca que pide una tregua al destino.

Chankoro es un homenaje a unos capitanes intrépidos que son capaces de reinventarse a sí mismos, que resurgen de sus cenizas para salir airoso en la batalla de la vida gracias a la dignidad, la esperanza, el coraje, la amistad y el amor.

Como único lunar, quizás el lector aprecie ciertas discordancias temporales en la voz narradora, que funde y confunde en ocasiones el ahora y el ayer; pero nada grave, brisa leve que no empolva en absoluto una historia absolutamente conmovedora que desaguará en un frondoso final, que coincide con esa página reciente de la historia de Portugal que fue la Revolución de los Claveles.

Y, como colofón, al lector le quedará campanilleando en la memoria una frase imperecedera —otra más, de las muchas que abundan a lo largo de esta estupenda novela—: «Sólo cuando los periódicos florecen es de verdad primavera en Lisboa. La primavera es una estación de papel».

José Ignacio García es escritor, crítico literario y coordinador del proyecto cultural 'Contamos la Navidad'.